

ESTRATEGIAS DE ELABORACION DE IDENTIDAD

Dolores Juliano*

Identidad como confrontación

La mayoría de las interpretaciones que se han brindado sobre la identidad étnica se caracterizan por hacer hincapié en los contenidos culturales diferenciadores en los que se apoya, o en los mecanismos psicológicos en que se basa. En ambos casos se trata de elaboraciones que subrayan los elementos permanentes, y en cierta forma estáticos, que configuran la identidad. La opción identitaria sería, en los dos marcos interpretativos, una consecuencia de determinados procesos previos (culturales o psicológicos) y como tal sería estable mientras no cambiaran los procesos de base que le dieron lugar. La ahistoricidad de estos planteamientos es el resultado de la reificación de los contenidos culturales y de una visión funcionalista de la sociedad.

Un buen ejemplo de esto lo tenemos en el trabajo de Isajiw, que examinando veintisiete definiciones de etnicidad (entre las que se encuentran algunas de las de mayor relevancia teórica hasta 1974) encuentra que si bien algunas subrayan los aspectos objetivos: origen común, cultura, religión o lengua compartidas, igual raza, etc.; y otras los subjetivos: sentido de pertenencia; ambos tipos de encuadres pueden resumirse en una propuesta común, que por simple adición daría esta definición:

Etnicidad como un grupo o categoría de personas que tiene un origen ancestral común y los mismos rasgos culturales, que tiene

un sentido de comunidad y relación del tipo *Gemeinschaft*, que tienen un pasado inmigrante y un estatus ya sea minoritario o mayoritario en una sociedad mayor [p. 118].

Curiosamente, aunque las definiciones en que se basa su resumen están tomadas, en su mayor parte, de investigadores norteamericanos, y éstos se acercan al problema étnico motivados por el problema que representa la asimilación de la inmigración, lo que implica mecanismos de cambio cultural, nada hay en la síntesis resultante que sugiera opciones dinámicas, reacomodaciones a partir de conflictos, o aceptación o rechazo de las manipulaciones políticas.

Sin embargo, aún entro de esta visión estática, puede introducirse la idea de conflicto, si se eleva el nivel de abstracción, esto es lo que hace Mary Douglas a comienzo del '60, cuando señala que una sociedad cualesquiera genera un orden clasificatorio exagerando las diferencias. Los ejemplos con que trabaja: adentro/afuera, arriba/abajo, macho/hembra, ya nos señalan que los enfrenamientos que le interesan son conceptuales y no se relacionan con conflictos sociales sino con una necesidad abstracta de comprender. Pero su trabajo, muy rico en sugerencias, al subrayarnos el valor que tiene para cualquier ordenamiento la atención a los opuestos, puede transponerse al plano de los enfrentamientos sociales.

Cuando a fines de la década de los '60, Barth introduce su concepto de los límites étnicos, permite una visión más dinámica de los problemas de identidad. En ella, grupos étnicos definidos a partir de sus diferencias y complementariedades, sirven de marco a un juego de opciones individuales fluido, en que cada actor puede elegir y cambiar su pertenencia, atravesando límites que sin embargo se mantienen estables, y autoasignándose sucesivamente rótulos diferentes que señalan —cada uno— un conjunto invariable de rasgos culturales. Aunque su propuesta no rebasa el marco de una interpretación funcionalista de la sociedad, en que las diferencias se complementan, su aporte incorpora la posibilidad de leer el fenómeno de identidad desde la perspectiva de la teoría de sistemas, lo que permite manejar una mayor cantidad de fenómenos al mismo tiempo, e incorporar al análisis los procesos de retroalimentación negativa, es decir el cambio

* Universidad de Barcelona.

social. Este paso adelante lo da él mismo, cuando señala que ciertos grupos mantienen constante una identidad contrastante respecto a otros, pero que esta identidad no es siempre la misma. Su planteamiento resulta así el opuesto al de los teóricos de la aculturación, que de Herskovitz en adelante, consideraban el contacto intercultural como una fuente de homogeneización. Para Barth es precisamente la situación de contacto la que lleva a subrayar las diferencias, cuando la estrategia del grupo implica mantener la especificidad.

Los aportes, realizados por la misma época, de los interaccionistas simbólicos, retoma la tradición teórica de Max Weber, quien niega a la identidad étnica otro contenido que el de la acción política, conjunta, de sus miembros; y colocan el problema de la identidad en el campo de las relaciones sociales, en un juego de asignaciones en que cada uno —al catalogar y ser catalogado— construye y habita una escala flexible sin más contenidos que los que le asignen los interlocutores. Si bien esta propuesta es mucho más sagaz y matizada que el burdo culturalismo a que nos referíamos al principio, limita la movilidad conceptual a un campo previamente consensuado. El marco de referencia en que funciona la teoría interaccionista es una sociedad leída en términos de modelos de estratificación social.

Sin embargo, estos modelos de consenso, que son prácticamente los únicos que se han utilizado para enmarcar los temas de identidad, no solamente no son los únicos referentes posibles, sino que se enfrentan a una larga historia de cuestionamientos teóricos, entre los que se destaca la crítica marxista, pero que recoge también la rica vertiente de la escuela sociológica del conflicto.

Curiosamente, el marxismo tradicional no dio importancia alguna a los problemas de identificación étnica, considerándolos simples epifenómenos de la identificación de clase, condenados a desaparecer por la evolución social o a consecuencia de los triunfos revolucionarios. Cuando durante la guerra del 14 se hace evidente que la fuerza de los nacionalismos y de las reivindicaciones étnicas requería una explicación teórica, el trabajo de Stalin sobre las nacionalidades, deriva el análisis hacia una interpretación culturalista en que condicionantes estáticos tales como lengua, cultura y territorio, sirven de base para delinear las diferencias y a partir de éstas las políticas. En el fondo su planteamiento no

difiere del de los funcionalistas y se necesitaron muchos esfuerzos, desde los primeros austro-marxistas hasta Habermas, para tratar de insuflar a ese modelo estático la lógica dialéctica del marxismo.

Podemos señalar en 1985, en el trabajo de Díaz Polanco, un intento serio de relacionar la definición de etnicidad con el conflicto de clases, en una síntesis que supera la simple yuxtaposición. Nos propone considerar grupos étnicos a los que manifiestan su especificidad dentro de una sola clase social, y nacionalidades a los sectores étnicos que tienen fracturas internas por clases, señalando al mismo tiempo a la etnicidad como un aspecto de la autoidentificación de cualquier grupo, una dimensión de cualquier agrupación humana. Esta posición abre las puertas a un análisis menos estático que los anteriores, ya que si en lugar de imaginar la sociedad como un conjunto de individuos interrelacionados por normas y propósitos comunes, la interpretamos como formada por sectores (o grupos o clases) con intereses antagónicos o al menos opuestos, que compiten por ámbitos de poder y por la utilización de los recursos, podemos pensar que los fenómenos de identificación étnica responderán a esta misma dinámica y serán a su vez consecuencia de estos enfrentamientos y un arma para blandir en los mismos.

Un elemento importante que ha obstaculizado este tipo de aproximación teórica, ha sido la confusión, muy frecuente, entre los mecanismos de identidad personal e identidad étnica. Ambos se han presentado a menudo (y yo misma lo he hecho en algunos trabajos) como distintos niveles de un mismo proceso. Este es el fundamento de todas las interpretaciones de base psicológica, de Erikson en adelante, y lo que se encuentra en la mayor parte de los artículos del libro compilado por Lévi-Strauss sobre *La identidad*. Sin embargo, como sugiere Frigolé (p. 23) la utilización del mismo concepto para ambos procesos constituye "una metáfora inapropiada ya que transfiere y transpone las características de lo individual y personal a lo colectivo". En realidad ambos procesos responden a lógicas diferentes, si recurrimos a una analogía gramatical diríamos que la identificación personal se corresponde con el nombre propio y tiene funciones de rótulo no descriptivo (no implica por lo tanto ni niega la existencia de otros iguales o distintos). La identidad étnica en cambio es fruto de un proceso clasifica-

torio, que se correspondería con lo que en gramática podrían denominarse nombres comunes. Estos pueden definirse haciendo referencia a género próximo y diferencia específica, es decir que incorporan un elemento descriptivo y un criterio de exclusión. En resumen ser "María" o "Juan" no supone nada en oposición a lo cual se recorte el sujeto, pero ser "Americano" no tiene sentido si no es en relación/ oposición a Europa, Asia y África. Por su parte, ser Latino-americano sólo se entiende por confrontación a los Anglo-americanos, ser del 3er. mundo sólo tiene sentido por el reconocimiento de la existencia y oposición del 1º y del 2º, etcétera.

Si bien en cualquier sistema clasificatorio la posibilidad misma de definir se basa en las diferencias, si nuestro ámbito de análisis son las sociedades, debemos tener en cuenta que la diferenciación se da por posiciones estructuralmente diferentes, lo que implica situaciones potencialmente conflictivas o al menos susceptibles de ser leídas en esos términos.

Si recurrimos a un clásico de la antropología: *Los Nuer* de Evans Pritchard, podemos ver cómo la activación de lealtades (y por consiguiente del sentido de pertenencia, de la identidad étnica) se realiza sólo en situaciones de conflicto y condicionada por éstas. Así, si hay un enfrentamiento entre secciones terciarias de una tribu esto sólo moviliza a los parientes cercanos, pero si surge una disputa entre miembros de dos divisiones secundarias, se sienten implicados todos los que pertenecen a ellas, cualesquiera que sea su grado de parentesco, reuniéndose en el mismo bando los mismos que antes había contenido, y si se implican secciones primarias, el agravio es recibido como propio por personas mucho más alejadas de la genealogía de los contrincantes, produciéndose una unificación de los sectores pequeños e intermedios, que sólo en circunstancias de conflicto reconocen su común pertenencia. Este mecanismo según el cual una persona se reconoce como parte del grupo agredido (o del agresor) en situaciones en que el conflicto lleva a una polarización u obliga a optar, se ve también claramente en los tipos de identificación que asumen los ciudadanos de estados con diversidad nacional en su interior. Así, por ejemplo, mientras dentro de España, catalanes o vascos ven como su principal contrincante el estado que los contiene, y se autodefinen siempre por el gentilicio

de su nación o grupo étnico, cuando salen al extranjero suelen considerar que la oposición principal se desplaza hacia afuera de la península ibérica, y aceptan definirse como españoles.

La activación del sentido de pertenencia en las situaciones de confrontación, es un mecanismo frecuentemente usado por los gobiernos para derivar hacia otros sectores, y otros países, las tensiones internas que podrían desestabilizarlos. Así la derivación hacia los judíos de la agresividad alemana durante el nazismo, se basaba en una identificación confrontativa que justificaba la opinión del Duque de Lévis, en sus *Maximes et Réflexions*:

Si del patriotismo de la mayor parte de la gente se eliminara el odio y el desprecio a las otras naciones, quedaría poca cosa.

Un mecanismo parecido fue utilizado por la Junta de Comandantes en la Argentina en la guerra con Inglaterra, en que se consiguió una unanimidad y apoyo popular que la dictadura nunca había tenido antes, señalando como objetivo una confrontación externa y actualizando la vieja y legítima aspiración a la posesión de las Malvinas.

Pero aunque aceptemos que los procesos de autoidentificación funcionan de acuerdo a esta lógica, esto no implica que la asunción consciente de una identidad sea el eje principal a investigar en un estudio socio-antropológico sobre el tema. En realidad las opciones identitarias que toman los individuos en determinadas circunstancias, reflejan las posibilidades o modelos que la sociedad les ofrece a ese efecto. Es decir que las personas optan, pero lo hacen dentro de los marcos de opciones delineadas previamente dentro de determinadas estrategias políticas. Los distintos grupo sociales que interactúan y se enfrentan, proponen cada uno una serie de opciones de identificación y de rechazo a través de las cuales legitiman sus prerrogativas, pues en la medida en que logran generar identidad pueden asumir la representación de los otros sectores. Por consiguiente el eje de una investigación social sobre problemas de identidad debería desplazarse del análisis de las opciones individuales al de las estrategias políticas a partir de las cuales las distintas clases sociales compiten por generar adhesión e identificación con ellas de sectores diferentes al grupo inicial. Si bien cada sector en conflicto desarrolla su

propia estrategia al respecto, es particularmente interesante o significativo analizar las estrategias que llevan a cabo los sectores dominantes, pues ellos disponen de distintas instancias institucionales: estado, escuelas, propaganda por medios de comunicación masivos, que hacen que sus pretensiones de generar identidad se desenvuelvan con mayor amplitud y (a veces) con más eficacia.

Las estrategias de identidad en la Argentina

Removido el obstáculo de España, se buscaron otros modelos: Echeverría dijo: Francia; Alberdi dijo: Inglaterra; Sarmiento dijo: Estados Unidos; otros dijeron: Grecia, Rusia, Alemania...

Ricardo Rojas, *Eurindia* (p. 160)

En el caso de la Argentina, las políticas de los grupos dominantes referentes a la identificación propuesta al grueso de la población, han pasado por diferentes etapas:

En la época colonial el modelo de identificación positiva propuesto era el de "cristiano", síntesis ideológica que implicaba también —aunque secundariamente— un componente lingüístico: la utilización del castellano, y uno racial: ser blanco. En la práctica esto se manifestaba como prestigio exclusivo de todo lo español. En una sociedad formada como consecuencia de la imposición violenta de un grupo sobre otro, y que aspiraba a hacer permanente esta situación de predominio, la ideología de "las dos repúblicas": la de españoles y la de indios, no implicaba idea alguna de equivalencia sino que (como en la Sudáfrica actual) era un mecanismo para hacer permanentes las diferencias que habían permitido la conquista. Los indios, identificados con los otros "infeles" conocidos (moros, judíos) no ven reconocida su especificidad más que como estigma.

Cuando la independencia y ante la necesidad de contar con el soporte de indios, negros, mestizos y mulatos las estrategias fluctúan. De 1810 al 16 hay una fuerte corriente que propone que los criollos se alíen con los sectores populares y define como enemigos a los españoles. Este sentido tiene la letra del Himno Nacional que dice:

Se conmueven del Inca las tumbas
y en sus huesos revive el ardor
al mirar renovado en sus hijos
de la patria el antiguo esplendor

También van en esa dirección medidas tales como el decreto de libertad de vientres, los proyectos de Belgrano de buscar un descendiente de los incas como rey, y el democratismo de Moreno.

Pero esta corriente pronto es vencida en Buenos Aires, que pasa a enfrentarse con los populistas: Artigas en la Banda Oriental que defendía la alianza con los sectores bajos de la población, y Güemes en Salta también con un proyecto de identidad basado en la asociación con los gauchos. Incluso San Martín termina aceptando el cambio de alianzas cuando dice que prefiere a los españoles antes que a los gauchos de Artigas.

El proyecto de identidad nacional cambia entonces de eje, luego del interludio rosista en que hay cierta recuperación de gauchos, negros y mulatos; con el triunfo de la oligarquía unitaria el modelo de identificación positiva pasan a ser los "civilizados" entendiéndose como tales, de forma muy racista, a los europeos, blancos y habitantes de ciudad. Y el polo negativo lo constituyen los "bárbaros": indios, mestizos gauchos, población rural y pobre en general. El intelectual orgánico de este modelo de construcción de identidad fue Sarmiento, aunque como señala Viñas, su ideología fue ampliamente compartida por toda una clase social que se impuso como representante del país y que generó su identidad por oposición a "otro" excluido: el indio.

Durante todo el periodo de la "Organización Nacional" la desvalorización conceptual que sufrieron los caudillos y que sirvió para justificar la política de arrinconamiento y exterminio de que fueron víctimas, estaba basada en identificarlos con los sectores autóctonos de la población, previamente transformados en modelo negativo. Evidentemente en cada caso se trataba de legitimaciones de opciones que significaban, para el grupo en el poder, beneficios económicos e incremento del control político (Juliano, 1987, 88). La identidad étnica propuesta en este marco: el argentino como "sólo europeo", permitió legitimar el despojo territorial de los indios, el reemplazo de la población autóctona por inmigración europea, y la imposición —a través de la escuela—

de una cultura "sui géneris" que prescindía de los aportes autóctonos.

Ante la crisis del modelo de acumulación económica establecido, los sectores dominantes no propusieron una revisión del proyecto de "desarrollo hacia afuera", sino simplemente derivaron a las características de la población existente la responsabilidad de los fracasos del modelo político. Así, no se esgrimieron como causas del estrangulamiento de la economía argentina, los motivos reales: excesiva concentración de la propiedad de la tierra, derivación especulativa de la capacidad financiera, escasa redistribución e industrialización distorsionada en el marco de una economía dependiente; sino presuntas incapacidades congénitas del pueblo. Este modelo, ampliamente legitimador de las políticas oligárquicas, es seguido por los positivistas de la primera mitad de este siglo: Carlos Octavio Bunge, José Ingenieros, Ezequiel Martínez Estrada, los que tienen en común —cualesquiera que fuera su ideología explícita— el hecho de que en sus obras: "Se sustituyen las causas materiales de nuestra inferioridad por pretendidas taras psicológicas inmanentes a los iberoindoamericanos" (Puiggrós, p. 16).

Esto hace que se genere un modelo de identificación negativo, una especie de autorrechazo estimulado desde el poder, que se apoya en interpretaciones psicologistas: "el complejo del hijo rechazado", pseudo ecologistas: "la tristeza de la pampa infinita" o étnicas según el modelo europeo: "la falta de raíces".

Los interludios populistas del modelo oligárquico liberal, a partir del irigoyenismo pero fundamentalmente los dos primeros gobiernos de Perón, redefinieron el modelo de identidad propuesta. Esto permitió a los sectores populares definirse a partir de su propia especificidad, ante el rechazo de los políticos tradicionales y la intelectualidad europeizada. Los sectores dominantes acusaban a Irigoyen de "arrabalero" y de "mal gusto" y llamaban "demagogia" a su capacidad de contar con los sectores populares. En momentos de gran creatividad cultural (surgimiento de toda una cultura urbana representada entre otras cosas por el tango y el lunfardo) el radicalismo de Irigoyen representó, pese a las incoherencias de su política, un modelo con que podía identificarse la nueva síntesis que estaba surgiendo en la Argentina, entre los sectores autóctonos y los inmigrantes.

Con el peronismo este proceso terminó de delinearse y se afianzó. El polo positivo de identificación se desplazó a los sectores obreros y campesinos: los "descamisados", cuya cultura comenzó a revalorizarse mediante el rescate del folklore; asumieron representación política por primera vez los grupos indígenas; y se presentó como enemigo principal a "la oligarquía vendepatria" y el imperialismo. Asumirse como peronista, entonces, ha significado optar por este juego de identificaciones en contraposición con el anterior.

Tanto en el caso de los primeros gobiernos liberales, como de los populistas, como de la restauración liberal de las últimas dictaduras, se ha utilizado siempre la estructura del estado como principal mecanismo de generación de propuestas de identidad. Pero esto no significa que sólo desde ese nivel se generen propuestas, de hecho todos los intentos de desarrollar en forma positiva los modelos de identidad populares han significado la aceptación por parte de políticos receptivos, de determinadas reivindicaciones que ya estaban latentes en las masas. De otra manera no se explicaría que éstas hayan ido, con frecuencia, por delante de los conductores. Así la inmensa popularidad de Irigoyen no se debía a sus condiciones oratorias, bastante escasas, sino a su oposición doctrinal a la oligarquía, lo que permitió que los sectores populares le atribuyeran una comunión con sus propios proyectos que, aunque no era exacta, condicionó de alguna manera su conducta. Años más tarde, son los sectores populares los que eligen a Perón el 17 de octubre, y de alguna manera lo fuerzan a que se decante al bando popular. Es decir que si bien los modelos de identidad argentina prevalecientes en cada etapa son los apoyados desde el estado, los sectores populares han actuado activamente contra los que los desvalorizaban y han conseguido, en ciertas oportunidades, cambiar los este-reotipos negativos por otros que valoraran su especificidad.

Nacionalismo y etnicismo

En el congreso sobre *Estados y Naciones en los Andes* de 1986, en Perú, se discutió la hipótesis de que el surgimiento con fuerza de las reivindicaciones étnicas en la última

década se corresponde con una estrategia de avance del capital internacional que necesita como prerrequisito el debilitamiento de los estados nacionales. Esta visión sobre el empequeñecimiento del espacio de maniobra de los estados ante el avance del poder multinacional es compartida para Argentina por Lozano, y plantea en ambos casos algunos interrogantes.

Si la acumulación de poder político y económico en el Estado es ahora menos interesante para los sectores de poder es porque las "burguesías nacionales" se han transnacionalizado o han perdido influencia transformándose crecientemente en subsidiarias del capital transnacional. Esto cambia los ejes del enfrentamiento. A fines del siglo pasado el estado era el ámbito de acción de la burguesía —a través de la consolidación del "mercado nacional"— y Marx preconizaba el internacionalismo proletario. Luego se produce una recuperación por parte de la izquierda de la reivindicación nacionalista, en la época de las confrontaciones estatales entre las dos guerras, en la que a medida que los capitales rebasaban las esferas nacionales la ideología nacionalista era cada vez más asumida por los sectores populares.

En las últimas décadas se da el paso definitivo de internacionalización de los poderes económicos, no sólo a partir del crecimiento de las empresas multinacionales, sino también de procesos tales como la Unión Económica Europea, el Banco Internacional de Desarrollo y el Fondo Monetario Internacional. Resulta claro que la estrategia de poder de las clases dominantes se ha internacionalizado al mismo tiempo: ahora propone como modelo de identidad étnica en Europa un "ciudadano europeo" más que subrayar los nacionalismos de estados.

Esto, que es una estrategia de poder diseñada desde los países dominantes y para su uso, se complementa con el interés en debilitar al tercer mundo, al que se le ridiculiza la reivindicación nacionalista (demodé, ya superada, fascista, etc.) mientras se le obstruye la integración a niveles más altos: negativa a la negociación conjunta de la deuda, bloqueo de las propuestas de organización del club de deudores, etc. También utilizan el apoyo a las reivindicaciones étnicas para debilitar a los países que tienen una política demasiado autónoma (caso del apoyo dado, por EE.UU., en Nicaragua a la reivindicación misquita o a los

conflictos étnicos en países del Este, etc.). Pero que las reivindicaciones étnicas puedan ser utilizadas por las esferas de poder imperialista, no significa que sean generadas por él, ni que constituyan casos de simple manipulación.

De hecho, si pensamos la sociedad como articulando en su seno grupos en conflicto, tenemos que averiguar cuáles son las propuestas de identidad que estos grupos elaboran como alternativa a las elaboradas desde el poder. La reivindicación de identidad étnica (entendiendo como tal un recorte de la pertenencia que no coincide con una frontera política) permite acumular fuerza a sectores postergados (indios por ejemplo), realizar una lectura positiva de una especificidad estigmatizada y subrayar el enfrenamiento con los explotadores tradicionales, que se había ocultado detrás de un nacionalismo (o de un internacionalismo) encubridor de los conflictos internos. El hecho de que estas reivindicaciones tomen espacio público cuando la estructura estatal se debilita, señala simplemente que la correlación de fuerzas anterior no permitía que aflorara, pero no coloca automáticamente a las reivindicaciones étnicas en el campo del imperialismo.

En realidad, una política hábil de los sectores populares representados por las reivindicaciones étnicas, puede poner éstas en el centro de los nuevos modelos sociales. Ante la creciente pérdida de atracción de los modelos nacionalistas tradicionales, homogeneizadores y represivos, las propuestas de estos grupos de presión pueden diseñar un modelo de sociedad en que la diferencia sea no sólo reconocida y aceptada, sino valorada positivamente.

La diferenciación interna de la sociedad en grupo puede resolverse en enfrentamientos activos (pasando del enfrentamiento latente a una puesta en acción de los mismos), pero también puede transformarse en una importante fuente de energía y creatividad social a través de la tensión dinámica que supone en cada momento la existencia de proyectos alternativos. Como señalara ya hace años Mary Douglas, es la existencia de elementos diferentes lo que nos permite elaborar sistemas clasificatorios, los que a su vez nos permiten entender al medio y actuar sobre él. De la misma manera, superando los proyectos liberales de integración individual de los miembros de culturas distintas (conversión, aculturación, melting pot, indigenismo, asimilacionismo) un modelo que permita identificaciones

positivas con grupos con proyectos históricos y contenidos culturales diferentes, puede dar por resultado una organización social mucho más rica, dinámica y creativa.

Pero este resultado no puede ser la consecuencia de una opción de las clases dominantes, cuya conveniencia va siempre en el sentido de una uniformidad que permita incrementar el consumo, a partir de una uniformidad de valores (analizar al respecto la función de los medios de comunicación de masas). Sólo un poder creciente de los sectores marginados (indios, mujeres, minorías) garantiza que sus propios modelos de identidad sean aceptados como válidos.

Bibliografía

- Barth, Fredrik
1976 *Los grupos étnicos y sus fronteras*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969.
- Bunge, Carlos Octavio
1926 *Nuestra América*, Madrid, Espasa Calpe.
- Deler y Saint Geours (Compil.)
1986 *Estados y Naciones en los Andes*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, Inst. Francés de Estudios Andinos.
- Díaz Polanco, Héctor
1985 *La cuestión étnica nacional*, México, Ed. Línea.
- Douglas, Mary
1973 *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*, Madrid, S. XXI.
- 1975 *Sobre la naturaleza de las cosas*, Barcelona, Anagrama.
- Erikson, Erik H.
1980 *Identidad, juventud y crisis*, Madrid, Taurus.
- Evans Pritchard, E. E.
1977 *Los Nuer*. Barcelona, Anagrama (1940).
- Frigolé Reixach, Joan
1984 "Antropología e identidad cultural" en *Antropología cultural en Andalucía*, Rodríguez Becerra edit., Sevilla, Consejo de Cultura de la Junta de Andalucía.
- Habermas, Jürgen
1975 *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Buenos Aires, Amorrortu.

- Herskovits, M. J.
1938 *Acculturation the Study of Culture Contact*, New York, J. J. Augustin.
- Ingenieros, José
1946 *Sociología Argentina*, Buenos Aires, Edit. Losada.
- Isajiw, Wsevolod W.
1974 "Definitions of ethnicity" en *Ethnicity*, Greeley edit.
Juliano, Dolores
1987 "El discreto encanto de la adscripción étnica voluntaria" en *Procesos de contacto interétnico* (Rinquelet Comp.), Buenos Aires, Conicet.
- 1988a "Expansión de fronteras sobre comunidades indígenas" en *La cara india, la cruz del 92* (Contreras comp.), Barcelona, Edit. Revolución.
- 1988b "Aculturación" y "Identidad étnica" en *Diccionario temático de Antropología* (Aguirre edit.), PPU, Barcelona.
- Lévi-Strauss, Claude
1981 *La identidad*, Barcelona, Ediciones Petrel.
- Lozano, Claudio
1989 "El estado, atrapado sin salida?" en *Rev. Retruco*, año 2 N° 7, Buenos Aires.
- Martínez Estrada, Ezequiel
1968 *Radiografía de la pampa*, Buenos Aires, Ed. Losada, 6ª edic.
- Puiggrós, Rodolfo
1986 *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, Buenos Aires, Hyspamérica.
- Viñas, David
1983 *Indios, ejército y frontera*, Argentina, Edit. Siglo Veintiuno.
- Weber, Max
1968 *Economy and Society*, Bedminster Press, New York, vol. 1, cap. 5.